



XII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2010

CATEGORÍA ADULTO:

Relato premiado: *“La mujer del lienzo”*.

Autor / a: M^a Gema Ben Soler. Melilla.

LA MUJER DEL LIENZO

Si he de ser sincera, reconozco que, aunque en un primer momento sentí temor, pocas veces disfruté tanto dibujando como en ese momento. Contemplé el papel como si los ojos del ilustre huésped que me lo regaló fueran los que atravesaran los finos trazos que llenaban su vacío. Lástima que no poseyera colores que reflejaran la primavera del Moncayo de sus ojos. Aun así, me doy por satisfecha, pues es mucho más de lo que una pobre sirvienta puede anhelar.

Si he de ser sincera, reconozco que ignoro porqué la dibujé a ella, apoyada en la pared de una casa que no existe y con la mirada desafiando a una tierra que no le pertenece. Simplemente me salió así, rodeada de naturaleza mientras descansaba de mi caminar por el sendero cargada con la leña. Y desde el primer momento, supe que no era la dueña de su imagen esbozada, ni del instante que allí reflejé. Supe que tenía que entregárselo al escritor, para que lo guardara hasta que fuera el momento.

...

“ ¡Mujer!... ¡Mujer!... ¡Óyeme..., óyeme y acércate para oírme, que yo besaré tus pies mientras tiemblo al copiar tu imagen en el fondo sombrío de mis ondas! ¡Mujer!... Óyeme, que mis murmullos son palabras.”

G.A. Béquer, “El gnomo”

El sol de Nueva York entró por la ventana del apartamento de Susana. Abrió los ojos sorprendida, pues rara vez se despertaba con la luz del día. Estuvo tentada a asomarse a la ventana, pero no se atrevió a enfrentarse al gris del cemento sin antes tomarse el café. Se apoyó en la encimera de la cocina mientras contemplaba los lienzos, pátinas y demás utensilios de pintura revueltos entre viejas sábanas que usaba para no manchar el suelo. Debería poner un poco de orden, tal vez mañana, hoy tenía que hacer otra cosa. El teléfono y la cafetera sonaron a la vez. Tras unos segundos de indecisión, optó por atender primero la llamada.

_ ¿Estás preparada?_ rugió una voz de hombre al otro lado._ ¿No? No, claro que no. Vístete de negro, ponte los tacones y píntate los labios. Ya. Después, vente pitando a la galería. No te imaginas quién va a venir a la exposición._ la voz permaneció a la espera de alguna respuesta._ Puede que hoy sea tu día, nena.

_ De acuerdo. Ahora voy._ contestó Susana sin ganas.

_ ¿No vas a preguntarme quién es el misterioso visitante?

_ ¿Para qué? Seguro que me lo vas a decir ahora mismo._ dijo reprimiendo un bostezo.

_ Pues no. Ahora te aguantas, por borde.

_ Vamos, Paul, dímelo ya._ Susana vertió el café en una taza desconchada_ Por favor._ añadió.

_ No. Date prisa. Y, please, darling, tomate ya el maldito café.

Tardó más de media hora en encontrar un taxi libre. Por un momento estuvo a punto de coger el metro, pero le daba claustrofobia sólo pensar en ello. Llegó a la galería tarde, no tan bien peinada como le hubiera gustado y con dolor de pies. Tal vez se había pasado con los tacones. Una vez dentro se detuvo en la entrada y miró con ojos críticos los deformados rostros y horribles colores que la rodeaban. Al fondo estaba Paul explicando algo a un hombre que miraba el único cuadro que Susana no detestaba. No podía ver su rostro porque estaba de espaldas a ella. Se acercó con más decisión de la que realmente sentía.

_ ¿Cuánto pide por él?_ preguntó el hombre tras las presentaciones de rigor.

_ ¿Cuánto está dispuesto a pagarme?_ dijo Susana respondiendo así a la expresión de soberbia del comprador.

_ Lo que pida.

Susana permaneció en silencio, pensando en lo que Paul le había dicho un par de horas antes. “Hoy es tu día, nena”. Su amigo y socio miraba a ambos con tensión y con algo de miedo en la mirada. Una palabra fuera de lugar y el negocio del año, no, “¡del siglo!”, se iría al garete.

_ No está en venta._ dijo Susana de repente.

El color desapareció del rostro de Paul. El ya no tan posible comprador simplemente esbozó una media sonrisa que encandiló sin saberlo a Susana. De los quince cuadros que estaban expuestos, éste era el único del que no estaba desesperada por desprenderse. Era distinto a todo lo que había hecho hasta ahora. Sin figuras geométricas ni cuerpos retorcidos, la joven que allí había dibujado destacaba entre los demás por su sencillez en formas y colores. La había pintado una de esas pocas veces que Susana se permitía pensar en su madre. Supuso que la imagen de Carmela la pilló desprevenida aquella tarde de lluvia y frío. Se dejó llevar y para cuando quiso darse cuenta allí estaba la joven sentada en la hierba, con el Moncayo a punto de engullirla como un gigante de manos blancas, mientras miraba absorta el papel.

_ Verá usted..._ el hombre interrumpió sus pensamientos_ También soy español, ¿sabe?, de un pueblo de Zaragoza llamado Grisel. _ se interrumpió a la espera de una respuesta, como si ser español o de ese pueblo fuera motivo suficiente por el que Susana tuviera que venderle el cuadro, al precio que fuera._ Me encantaría verlo colgarlo en mi casa. Tengo otros de la zona, incluso alguno de Valeriano Béquer. Ya sabe, el hermano del escritor. Supongo que es una forma de no olvidarme de mi tierra. Pida lo que quiera.

_ Lo siento, no está en venta. Puede escoger otro de aquellos de allí. Le haremos un buen precio.

_ No quiero otro. Quiero éste._ dijo el hombre sin dejar de sonreír.

_ Y yo le repito que no puede ser._ contestó Susana algo harta de su insistencia.

...

Escuché la conversación escondida tras la puerta cerrada, temerosa hasta de respirar. Fuera, sólo se escuchaba el golpear del viento contra la ventana. Los demás habitantes de la noche, animales, árboles y duendes, también guardaban un tenso silencio, como si desearan escuchar de boca de la criada la historia que estaba contando. En un par de ocasiones, tuve que taparme la boca para que la risa no me delatara. El escritor mostraba su escepticismo con picardía, sin que la ignorante muchacha se diera cuenta. Me hubiera gustado ser yo la que estuviera allí sentada hablando con él, frente al fuego de la chimenea. Hacía mucho tiempo que nadie hablaba conmigo. Aun así, estaba contenta de poder trabajar en el monasterio y observar con disimulo a las personas que allí se alojaban. Era agradable ver otras caras y poder imaginar sus vidas fuera de estas tierras, sin una montaña vigilando cada paso que dabas y cada pensamiento. Le había visto pasear por los campos, maravillado ante el esplendor de abril en el Somontano, mirando cada margarita como si fuera lo más bello que hubiera visto nunca, acariciando la hierba como si fuera la piel de una mujer. De vez en cuando se sentaba en alguna roca y pasaba horas en silencio. Me hubiera gustado poder meterme en su cabeza y escuchar de su propio corazón las palabras que allí nacían. Lamenté no ser culta y refinada como las mujeres de sus ciudades para poder leer lo que su mano escribía en el papel que yo anhelaba. Me descubrí mirando mi reflejo en el arroyo, deseando no tener la piel curtida y los miembros endurecidos como los de un hombre de tanto bregar por los montes. Siempre que tenía oportunidad, le seguía silenciosa como un ratón de campo, escondida tras algún nogal cómplice. Me exponía a la ira de mis compañeros, que no amigos, pero no me importaba. De todas formas, si no era por retrasarme en traer la leña u otras viandas, sería por otra causa por las que encontrarán la ocasión de mostrar su desprecio hacia mí. Por ser quien era y por la sangre que corría por las venas de cada una de las mujeres de mi estirpe. Por mis ojos verdes y mi expresión huraña. Por mi indiferencia al pasar por lugares que otros no osarían hacerlo jamás, por no temer a la noche ni al bosque, por desafiar a una montaña que había marcado mi destino desde antes de nacer.

...

Sacó la carta del cajón. La sostuvo entre sus manos sin decidirse a abrirla, como si fuera una bomba. Sabía que se engañaba a mí misma. Siempre lo había hecho, desde niña. Para huir de la realidad de la portería donde vivía con su madre. Para escapar de la fealdad que la rodeaba y del resentimiento hacia un lugar y unas personas que ella no había visto jamás. Por eso se hizo pintora, para que su mano plasmara lo que su cabeza soñaba. Y cuando reunió el coraje suficiente, cruzó el Atlántico para poder vivir una vida donde el amargo pasado de Carmela no pudiera alcanzarla. Dejó plantadas en la puerta de su diminuta casa sus inseguridades y la mirada de reproche de su madre, cogió su ligero equipaje, compuesto de su licenciatura en Bellas Artes y el pasaporte, y partió rumbo a Nueva York, con la esperanza de encontrar al fin su lugar en el mundo.

La carta la recibió tres años atrás. El cáncer había terminado de devorar las entrañas de su madre. Susana no llegó a tiempo de despedirse, lo que supuso un alivio para ella, pues no hubiera sabido qué decirle. Era mejor así. No pudo por menos que reírse cuando leyó lo que allí ponía. Era la única heredera de la casa de sus abuelos maternos, quienes jamás se habían

molestado en conocer a su nieta, ni siquiera por teléfono. Tampoco la habían invitado a pasar las vacaciones a su pueblo, algo que a los nueve años de edad se moría por hacer, igual que las otras niñas de su colegio. Pero ni Carmela ni ella eran bien recibidas. Pasaron años hasta que Susana comprendió la magnitud de la tragedia de su madre. Carmela, a los diecinueve años era la joven más guapa de Grisel, la más pretendida, la más alegre. Sin embargo, no supo posar sus anhelos de juventud en la persona adecuada: un fornido muchachote vecino de Trasmoz, quien negó ser el padre de la criatura que la joven llevaba en su vientre. Todo se hubiera arreglado con una boda rápida y discreta, pero las habladurías envenenadas pudieron más que el sentido común. Y Carmela se quedó con la fama de ligera de cascos, con la vergüenza de su familia y la propia y una barriga que se empeñaba en ir pregonando a los cuatro vientos su pecado. Haciendo acopio de la poca cordura que el sufrimiento le había dejado, cogió su maleta y salió de Grisel para no regresar jamás. Y ahora resultaba que su hija, el motivo por el que murió lejos de sus montes, era libre para regresar allí, con la cabeza bien alta. Ya se imaginaba a los vecinos murmurar: “mira, es la hija de Carmelita, la del Antonio, ésa que se quedó preñada y se marchó a Madrid a seguir llevando mala vida”. Aunque Susana sabía que esto era una soberana tontería. Seguramente nadie la recordaría, habían pasado treinta y cinco años, y las cosas y la gente habían cambiado.

Con el sobre aún en la mano, recordó el sabio consejo que Paul le había dado cuando se quedaron plantados en la galería con sus cuadros sin vender. “Darling, necesitas unas vacaciones”. Tenía razón, necesitaba alejarse un tiempo del más puro expresionismo de sus cuadros y de su vida. Estaba algo cansada de llevar todo el día el disfraz de Susan M., con sus ceñidos vestidos oscuros y su palidez cetrina, que ocultaban incluso cuando dormía a Susana. Miró el cuadro de la discordia. Envidió la serenidad de la joven y el color que la rodeaba, envidió su indiferencia hacia la Naturaleza y el aire puro que las nevadas cumbres le regalaban. Cogió el teléfono y reservó un billete de avión para el día siguiente. Embaló cuidadosamente el lienzo y desempolvó los vaqueros y las deportivas. Susana regresaba. Para Susan M. no había sitio en la maleta.

...

El escritor me había descubierto. Era inevitable. Me ruboricé como una tonta. Como la muchacha tonta que en realidad era. Me miró sonriente. Durante unos segundos le odié por ello, segura de que alguien le había ido con el chisme y ahora se reía de mí. También era inevitable. Salí de mi escondite, llevaba un buen rato agazapada tras un pedrusco de los muchos que hay por aquí. Algunos dicen que ya estaban aquí antes que el castillo. No sé si será cierto o, por el contrario, es fruto de la inclinación que tienen las gentes de por aquí a deformar la verdad de las cosas. Tampoco es que me importe mucho, sólo son piedras. Prefiero las flores y los nogales, los arroyos y los álamos, el trigo y las encinas, el viento y las tormentas, no rocas huidas seguramente de la montaña que es dueña de todo lo que hay, incluso de las personas.

Me quedé allí quietecita, sin poder apartar los ojos del papel y el gastado lápiz que con humildad me había regalado. A mí. Era la primera vez que alguien me daba algo bonito si esperar nada a cambio. Apenas cruzamos un par de palabras, él habló más que yo, que sólo asentía o negaba con la cabeza gacha, como tenía por costumbre. “Toma, para que dibujes algo bonito”. Confesó que había descubierto un par de bosquejos míos en la tierra. No me atreví a preguntarle cómo sabía que los había hecho yo.

Pasaron un par de jornadas hasta que me decidí a salir al bosque y utilizarlos. Pintaría algo hermoso, como él había dicho. Me senté de espaldas al Moncayo, como un acto de rebeldía, pues no quería que viera lo que allí dibujaría. Era un momento único, y lo quería sólo para mí, sin compartirlo con ella.

El tiempo pasó por mi lado sin que yo me diera cuenta. Llegué al Monasterio cuando ya el sol iluminaba apenas los caminos. No importaba, pues bien conocía yo cada piedra y cada árbol. Atravesé la alameda que conducía a la entrada. Cerré un momento los ojos, para espantar la realidad unos momentos y poder soñar con ser la princesa de la morada que un rey moro mandó construir para mí. Pronto los gritos y quejas de la cocinera me sacaron de mi ensimismamiento. Escondí bien el dibujo bajo mis ropas y entré en la hospedería como una gata ladrona, intentando pasar desapercibida.

Masticando lentamente un mendrugo de pan negro y una cebolla, sentada en mi camastro en un rincón apartado de la cocina, las escuchaba hablar de él. Murmuraban que había ido hasta el cementerio en Trasmoz, escandalizadas y asombradas ante la falta de temor a las ánimas que por allí deambulaban. Había conversado con pastores y muchachas que le respondían dicharacheras a sus curiosas consultas. Sonreí para mí. Seguro que a ellas, tan bonitas y descaradas, no les había hecho un regalo. Ni habían dibujado para él. Creo que por primera vez en mis quince primaveras, me sentí orgullosa de mí misma.

...

Llegó a Grisel un viernes, ignorando la voz de su madre en su cabeza diciendo que era el peor día de la semana emprender su aventura en esas tierras. Hacía tiempo que hacía caso omiso de las arraigadas supersticiones de Carmela, como que el color de sus ojos era una maldición que llevaban padeciendo las mujeres de su familia más de un siglo. Salió del aeropuerto de Barajas y recogió su pequeño y viejo coche del garaje de su edificio. Suerte que conservaba una copia de la llave. Sin embargo, no entró en su casa. Le faltaron el valor y las ganas. Condujo directa a Grisel, sin hacer siquiera una parada por el camino.

No le costó mucho encontrar la casa de sus abuelos. Sacó la llave del sobre y entró un poco asustada, como si allanara una propiedad ajena. El interior de la casa, aunque polvoriento y con telarañas, estaba en buen estado. Le gustó. Recorrió las dos plantas observando cada rincón, aunque no se atrevió a abrir cajón ni armario alguno. No quería ver las pertenencias de las personas que durmieron, vivieron, comieron y tal vez amaron allí. Si lo hacía, jamás podría considerar la casa como suya. Abrió todas las ventanas para que se fuera el olor a cerrado y a alcanfor. Salió a un pequeño balcón del piso superior y se apoyó en la barandilla para contemplar lo que desde allí se veía. Sintió que la garganta se le contraía, tal vez de tristeza, tal vez por la tensión de los últimos días. Consiguió tragarse las lágrimas, algo a lo que estaba acostumbrada desde niña, y su mirada recorrió el impresionante paisaje que la recibía mirara en la dirección que mirara. Era tal como se había imaginado, pero sin los tonos grises y marrones de los recuerdos de Carmela. Tampoco los árboles eran tan temibles, como creyó de niña. Tras unos momentos pintando con nuevos colores sus recuerdos, se atrevió a levantar la vista y mirar de frente aquello que tanto temía: el monte de la Diezma. Se despojó de sus miedos infantiles y se sacudió de las capas de su alma las briznas que el odio de Carmela había dejado. Le sonrió humilde y esperó que él le diera la bienvenida. “Hola, vengo para quedarme, si no te parece mal. Y si no estás de acuerdo, te aconsejo que no te confundas, yo no soy Carmela.”. Se dio la vuelta satisfecha de haber dejado las cosas claras desde el principio.

Pasaron dos meses hasta que volvió de nuevo a la casa. Sesenta días en los que una cuadrilla de empleados hizo desaparecer cada mueble y objeto, sin importarle que tuvieran algún tipo de valor. Unos la miraron con codicia en los ojos, otros como si fuera una loca excéntrica. A Susana le daba igual, sólo quería que se apresuraran en construirle una cocina y dos cuartos de baños, que borrarán de las paredes el blanco y las pintaran de un color similar al de sus ojos, a los ojos de Carmela. Sólo quería que la casa se desprendiera de la esencia de unas personas que no la habían querido. Compró hermosos y sólidos muebles, y reservó un espacio

para dedicarse a lo único que le interesaba, pintar. Cuando estuvo todo listo, Susana inauguró la casa colocando en el salón el lienzo de la mujer, para que le hiciera compañía. Ocho semanas que bastaron para desprenderse de aquello a lo que no regresaría jamás, como el piso de Madrid y sus cuadros de Nueva York. Paul había logrado vendérselos al hombre a quien Susan M. negó el cuadro de la mujer dibujando. Todavía se reía cuando recordaba la situación narrada desde el punto de vista de su dicharachero amigo. “¡Darling, darling! ¡Se los ha llevado todos! ¡TO-DOS! ¿No contaste una vez que tus antepasadas eran brujas? ¿Qué clase de hechizo le has echado? Lleva semanas, ¡SE-MA-NAS!, preguntando por ti.” Aún no se creía la suerte que estaba teniendo. Podría dedicarse una larga temporada a pintar sin tener que preocuparse por el dinero. Pintaría, esbozaría, trazaría, bosquejaría el monte de la Diezma y el Moncayo hasta hacerle perder el aura de misterio que encandilaba a escritores y oriundos del lugar, a turistas de las ciudades y a la tierra misma. Ella conseguiría que sólo fuera un simple accidente geográfico.

El verano la sorprendió entre brochazos y descubrimientos. Con su vetusto automóvil, del que no fue capaz de despedirse, recorrió los alrededores. Caminó por sendas centenarias, entre miles de florecillas y algún que otro ser curioso que espiaba desconfiado sus pasos. Entró en Iglesias y Monasterios de leyenda. Se reencontró con el mudéjar de sus años de estudiante, descubriendo no sin asombro que le encantaba. Y entre visita y visita, borró de sus papilas gustativas el sabor de la comida neoyorquina y la palidez de sus mejillas. Por las noches, se adentraba en las Leyendas de Béquer, como un placer prohibido durante la mayor parte de su anterior vida. Poco a poco, las tranquilas calles de Grisel se llenaron de vida. Inusuales sonidos de niños jugando y jóvenes charlando penetraban por las ventanas abiertas. No quedaban bancos libres para sentarse en la plaza al caer la tarde, ni terraza que no estuviera llena de gente. A primera hora de la mañana, antes de que el calor adormeciera sus sentidos, Susana acudía al Pozo de los Aines cargada con su cuaderno y su carboncillo. Había llenado casi todas las hojas con él. Le encantaba su silencio y su frescor, como si Dios se hubiera olvidado de aniquilar ese pedazo del bíblico Edén. Normalmente a esas horas no había nadie más visitándolo, por eso aprovechaba para contemplar hipnotizada su fondo y sus nenúfares. Sin embargo, una de esas mañanas el reflejo de un hombre apareció junto al suyo. Ese día había cargado con el caballete, donde reposaba la imagen del pozo que acababa de pintar como un festival de tonos verdes.

_ Vaya, qué pequeño es el mundo._ dijo el hombre.

_ ¿Qué hace usted aquí? _ preguntó Susana sin apartar la vista del agua.

_ Nací aquí, ¿lo recuerda?

_ No, no me acuerdo.

_ ¿Y usted?

_ Yo no nací aquí. ¿Está de vacaciones?

_ Sí y no. En realidad he venido por usted._ Susana se giró para mirarle sorprendida.

_ Sé que compró mis cuadros. Gracias. ¿No querrá más, verdad? _ preguntó escéptica.

_ Tengo algo que enseñarle. Lo conseguí en una subasta. Costó caro, pero merece la pena._ sacó un plástico de una carpeta y se lo acercó a Susana para que lo cogiera. _Con cuidado, tiene más de cien años.

Una descarga eléctrica atravesó la columna vertebral de Susana. Permaneció en silencio contemplando el lienzo. No podía ser. Sencillamente, era imposible. Se frotó los ojos y observó lo que la rodeaba: la hiedra y las plantas trepadoras, las ondas del agua y el susurro de las aguas subterráneas. Por último lo miró a él.

_ ¿Es una broma? _ preguntó intentando controlar su incipiente enfado.

_ Eso mismo me pregunté yo cuando lo vi por primera vez._ acercó su rostro lentamente al de Susana, clavándole los ojos en sus retinas._ ¿Cuántos años tienes?

_ ¡Es usted idiota!_ Susana le lanzó el lienzo al pecho con brusquedad, se dio la vuelta y empezó a subir las empinadas escaleras.

_ ¡Espere! No se enfade, por favor._ corrió tras ella al ver que no se detenía._ ¡Vamos, sólo era una broma! No he podido resistirme. ¿No tiene sentido del humor?

_ No, no lo tengo. Déjeme en paz.

...

Observé con tristeza a los mozos cargar el equipaje del escritor y de las otras personas que le acompañaban. Parecía haber mejorado. Al menos ya no tenía ese deslustre en el rostro que le asemejaba a un ánima perdida. Aunque su cuerpo seguía siendo delgado, había cogido un poco de peso. Le favorecía. No había vuelto a hablar conmigo, ni a dirigirme saludo alguno o gesto que indicara que me conocía. Ni siquiera estaba segura de que hubiera encontrado el dibujo entre sus cosas. No me importaba. Se marchaba y sabía que no volvería a verlo más. Tampoco me importaba. No le olvidaría nunca, pues su pequeño acto había conseguido que encontrara en mí una fuerza que hasta ahora no sabía que tenía. Continuaría con mi vida entre los montes, entre las frías paredes del Monasterio, entre la gente que me rodeaba sin verme. No me importaba. Tenía su sonrisa en mi cabeza y su suave voz. Tenía a la mujer del lienzo, el único secreto que era mío, sin que nadie pudiera desfigurarlo y envilecerlo. Ya no estaría nunca más sola. Ellos serían mi consuelo en la soledad de las piedras. Serían mi entretenimiento en la soledad de las gélidas noches. Serían mi esperanza en la soledad del rechazo.

Subió el último, pero, quizás porque notaba en su nuca la fuerza de mi mirada verde, se giró antes de meterse en el coche de caballos. Miró en mi dirección. No le hizo falta que sus profundos ojos me buscaran. Sonrió. Me quedé largo rato viéndole marchar. Cuando ya no se veía el coche en el horizonte, le devolví la sonrisa.

...

Susana cerró la puerta de un portazo. Bajó las persianas del todo, para que la oscuridad diera sensación de frescura. Se sentó en el sofá abrazándose las rodillas. Desde allí podía contemplar el cuadro de la mujer, como la única reina de la pared. Permaneció así lo que supuso que fue una hora, sin pensar en nada, sin responder al teléfono. Se levantó lentamente y se acercó al lienzo. Con el corazón desbocado, subió las persianas y encendió todas las luces. Volvió a mirar el lienzo de cerca. Maldiciendo, rebuscó entre los cajones hasta que encontró lo que buscaba: una gran lupa. Regresó corriendo al salón, con la lupa en una mano y su corazón en la otra. Entonces lo vio. Y empezó a creer que tal vez no fuera una broma.

Miró una y otra vez. Subió a su dormitorio y sacó una cajetilla de tabaco que guardaba para casos de emergencia. Con mano temblorosa logró encender un cigarro. Bajó de nuevo algo más calmada. Miró con la lupa el dibujo con el que la muchacha había llenado el amarillento papel de espaldas a la montaña. No recordaba haberlo hecho. Es más, dudaba de que jamás se atreviera a dibujarse ella misma, aunque fuera en diminuto y dentro de otra escena ajena a ella. Sin embargo, allí estaba su imagen, apoyada en la pared de su casa. Sin dudarle un momento, salió de casa sin apagar siquiera las luces. Tenía que encontrarle, suponiendo que no se hubiera marchado ya. Tenía que volver a ver a la mujer del lienzo.

Le encontró charlando animadamente con algunos vecinos del pueblo. Le miraban orgullosos. Él les sonreía con amabilidad. Le llamó a gritos. Todos se volvieron asustados a mirarla. Le cogió de la mano y le apartó de los seis pares de ojos indiscretos que los observaban.

_ ¿Cuánto pide por él? _ preguntó Susana sin aliento.

- _ ¿Cuánto está dispuesta a pagarme?_ respondió el sonriendo con la mirada.
_ Lo que pida.
_ No está en venta. _ dijo él acercando su rostro divertido al de ella.

Un año después.

La lluvia de granos de arroz y el sonido de los palos al chocar sacaron a Susana de sus ensoñaciones. Le miró sonriente unos instantes, después dirigió la mirada a los bailarines que danzaban en su honor a las puertas de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. Amigos, familiares y vecinos se habían vestido con el traje típico para regalarles el dance el día de su boda. Todos los invitados menos uno eran allegados de él. Por parte de Susana sólo había venido Paul, quien lloraba a moco tendido desde primera hora de la mañana, cuando ella vistió su cuerpo y su alma con el sencillo vestido blanco. No importaba. Se sentía feliz, pues tenía todo lo que amaba en la vida: su marido, su pintura, su hogar y a las dos mujeres en lienzos, una al lado de la otra, donde siempre debieron estar. Alzó la mirada hacia el monte. No supo si era por la magia del sonido del dance o porque quizás había llegado el momento, pero por primera vez añoró a Carmela y lloró su recuerdo.

...

Si he de ser sincera, reconozco que, aunque en un primer momento sentí temor, nunca antes había disfrutado tanto dibujando como en ese momento. Contemplé la tela como si los ojos de Carmela fueran los que atravesaran los finos trazos que llenaban su vacío. Lástima que no existieran colores adecuados para reflejar la primavera del Moncayo de sus ojos. Aun así, me doy por satisfecha, pues más de lo que una pobre pintora apátrida como yo puede aspirar.

Si he de ser sincera, reconozco que no sé porqué me dibujé a mí misma, apoyada en la pared de una casa que no existía y con la mirada desafiando a una tierra que no me pertenecía. Simplemente me salió así, rodeada de cemento mientras descansaba de mi caminar por Nueva York. Y desde el primer momento, supe que no era la dueña de nuestra imagen esbozada, pero sí del instante que reflejé allí. Supe que tenía entregárselo a la montaña, porque había llegado el momento.